

A MARÍA INMACULADA

¡Madre mía! En los momentos más borrascosos de la vida en que el corazón, lo más grande del hombre, parece naufragar, eleva á tí la mirada y la sola contemplación de la suma bondad y pureza, es suficiente para devolver la calma al conturbado espíritu. Hoy, no es la quietud lo que venimos á pedir, ni podríamos solicitarla cuando los bélicos clarines nos llaman al combate á pelear con denuedo en la defensa de los ideales católicos.

Al arrodillarnos ante tus plantas, al renovar nuestra protesta de fe, solicitamos de tí que aumentes nuestros entusiasmos y energías por la causa de Dios; que esa fe bendita que nos exalta y purifica, envolviéndose con la túnica de la esperanza, no se atenúe en lo más mínimo, aunque las contrariedades y las fatigas amenacen abatir nuestro espíritu. La batalla está empezada. Al nombre de la paz y del amor, símbolo de las doctrinas cristianas, ha respondido el enemigo con el insulto blasfemante, con la villanía del ultraje, con el estigma de la infamia. En tales circunstancias, el cristiano podría permitir, en un arranque de suprema abnegación, que su personalidad humana fuera encarnecida, pero se pisotea la Cruz, se flagelan nuestros dogmas, se quiere arrancar del seno de estas sociedades corrompidas los únicos principios que podrían restaurar aquellos ideales sacrosantos que constituyen nuestra más noble ejecutoria y ante tal espectáculo, sería cobarde y criminal rehuir el combate.

¡Madre querida! En esos momentos en que se lucha por los principios más sublimes, frente á la turba de villanos que han hecho una caricatura del hombre, al degradarlo y envilecerlo, no esperamos sentir vacilaciones de ningún género, tenemos la confianza de que peharemos con decisión y constancia; pero si las flaquezas humanas refrenasen en lo más mínimo nuestros ardorosos entusiasmos, infúndenos el aliento de los mártires, que preferible es perder la existencia á tolerar pacientemente la esclavitud de los que, para mayor ultraje de la libertad, se llaman pomposamente sus hijos.

L. E.

Allá por el año 1876, hubo en Cartagena una invasión de esos propagandistas enemigos de María Inmaculada, llamados protestantes.

El entonces párroco de Sta. María de Gracia, Dr. D. José Rizo López (q. en p. d.) auxiliado por el clero y algunos seglares de buena voluntad, realizaron una activa contrapropaganda, y en los

teatros y en los púlpitos se oyeron las cálidas disertaciones de grandes tribunos entre ellos los presbíteros, Chaumel, Jiménez Pagán, Pou y Hernández Ardieta, venciendo en toda la línea.

Hoy lamentamos la misma incursión y disponemos de más poderosos elementos de defensa que entonces. Hay aquí cuatro periódicos católicos además de varios diarios que, aunque así no se titulan, tienen á gran honra demostrarse como tales. Hay buenos oradores...

Solo esperamos la voz de los maestros y directores.

A la Inmaculada Virgen María

Ven, lira mía, casi olvidada,
ven y tus cuerdas
hará vibrar;
con los sonidos de una toñada
por mí compuesta
junto á la mar.

Ven, lira mía, que cantar quiero
santos cariños
con que soñé,
canciones llenas de amor sincero
que aquí en el alma
siempre guardé.

No más encantos ni más desvelos,
no más amores
que hacen penar:
sólo al consuelo de mis consuelos,
sólo á tí, Madre,
quiero cantar.

Tú, clavellina de los alcóres,
Virgen sin mancha,
flor del persil;
tú eres la Reina de mis amores,
con quien yo sueño
mil veces, mil.

Tú la que busco cuando las nieblas
de las pasiones
turban mi paz;
tú la que en medio de las tinieblas
marcas el puerto
de mi solaz.

Tú la que llamo con febril boca,
si oigo el rugido
del huracán;

tú la que calmas el ansia loca
de mis ensueños
y de mi afán.

Yo que, surcando las bravas olas
del mar hirsuto
que me arrulló,
he dado al viento las barcarolas
con que mi madre
me adormeció,

¿por qué en silencio cruzar los mares
del mundo inquieto
donde nací,
sin dar las notas de los cantares
en que mi madre
me habló de tí?

Yo que estoy siempre canta que canta
¿cómo me pude
de tí olvidar?

¿muda debiera estar mi garganta!

¡rota mi lira
debiera estar!
Quiero que en alas de mi cariño
mi pobre acento
llegues á oír;
quiero ser tuyo cual fui de niño,
quiero ser tuyo
hasta morir.

Tuyo es el eco de mis tonadas,
tuyas mi rimas,
tuyo su són,
tuyo el cariño de mis baladas,
tuya es mi alma
y el corazón.

ALEJO LABASTIDA.

El señor Canalejas ha vuelto á sentirse glorioso. Y ha soltado la espita. Y oigan. Pero oigan todos. Porque algunos, aunque tienen oídos, no oyen.

«Este Gobierno, después de la jornada electoral ganada, se considera fuertemente robustecido. «Los votos» del domingo 12 de Noviembre, representan la confianza que en nosotros tiene el país, y esta confianza nos obliga para responder á ella á realizar con toda decisión y con toda energía el programa expuesto al subir al Poder el partido liberal democrático.»

Llevaremos, pues á cabo todas las reformas anunciadas, haremos realidad todo lo prometido y estaremos en nuestro puesto hasta tanto que lo escrito en el mensaje de la Corona sea un hecho tangible.»

«En el mensaje y en el programa mínimo está contenida la sustitución del juramento por la promesa, y el laicismo en las escuelas y cementerios, y la ley del candidato, y la ley de Asociaciones, de acuerdo con el Vaticano, ó si el Vaticano no quería, ya podrían pasarse sin él, y la ruptura con Roma.»

Si pudiera, ya lo creo que lo cumpliría todo... y algo más.

¡Y luego, que se le unan los católicos!

Para la prensa honrada

Y para los españoles. Para los que todavía sienten vibrar en su pecho el alma hidalga que ama la verdad y la justicia. Solamente para ellos son estas líneas, escritas mojando la pluma en las tintas de la indignación.

Porque, ciertamente, se va llenando el vaso de las amarguras nacionales, y crímenes resultan ya el silencio y la apatía ante la infame conducta de los que, en aras de un proselitismo nefando, escupen diariamente calumnias contra España. Con corazón de víboras, arrojan la venenosa baba para que el virus se propague y el contagio aiquile y mate. Con aullidos de fiera, articulan mentiras que concitan iras dentro y fuera de la Nación, atribuyen

de tormentos en Cullera, como los que antes de ahora fantasearon en Montjuich y Alcalá del Valle.

¡Embaucadores!

Es preciso borrar de esta tierra á los que, nacidos fuera de sus amores, se amparan á nuestro pabellón para insultarnos.

Es menester expulsar del solar patrio, que sostiene á nuestros hijos y de sagrado abrigo á nuestros héroes, á los que mancillan cuanto tocan con su planta y con su pluma, escribiendo, aquí y en el extranjero, infamias, infamias é infamias.

Forzoso es que sean execrados y maldecidos por la voluntad nacional los que, en vez de la toga del legislador, se ciñen la harapieta túnica del denunciante calumniador y pretenden convertir la inmunidad parlamentaria en verdadera y real impunidad, cuyas sombras negras los rodean y amparan en toda clase de trasgresiones y delitos.

¡Extrañamiento perpetuo á los tiranos! A esos que intentan restablecer los privilegios de castas, borrados ya en el Fuero juzgo, osando dividir la sociedad española en dos grupos: ciudadanos sujetos á las leyes, y diputados exentos de toda regla y todo freno que contenga la frenética actividad de su punible conducta.

Importa señalar con urgencia un día para que tenga lugar el plebiscito nacional. Un día en el que, desde Madrid hasta el más apartado caserío de la última aldea española, se someta al universal sufragio la degradación, y consiguiente expulsión del suelo patrio, de los cuatro diputados que nos deshonoran ante el mundo.

Que de un confin á otro de la española tierra resuene unánime el grito do ¡fuera los tarsantes! ¡Fuera, fuera!

¡A la Olfitería! ¡A la Hotentocía! Pero, aún allí, á los solitarios bosques en donde el sol no alumbraba, porque se horrorizaría de iluminar tamañas desvergüenzas.

R. N.

El judío francés, al que poco le importan las bajezas, incorrecciones é indignidades cuando puede realizar un buen negocio, es cien veces menos execrable que el español que á sabiendas, injuria á su Patria por un puñado de platos extranjería.

En la tardanza está el peligro

Si la excesiva delicadeza y corrección del General Echagüe ó la debilidad del Gobierno no hubieran dejado pasar tanto tiempo como el trascurrido desde que se cometieron los salvajes atentados de Cullera hasta que la causa ha sido elevada á planario, acaso no